

VICENTE GARRIDO

EL PSICÓPATA INTEGRADO

EN LA FAMILIA, LA EMPRESA Y LA POLÍTICA

CLAVES PARA
NEUTRALIZARLO



Ariel

EL PSICÓPATA INTEGRADO

EN LA FAMILIA, LA EMPRESA Y LA POLÍTICA

CLAVES PARA NEUTRALIZARLO

VICENTE GARRIDO

Ariel

Índice

<i>Introducción: El problema del 1 por ciento maligno . .</i>	13
Capítulo 1: Se presenta el psicópata	27
El submarino	27
Variedades del psicópata	31
Qué es la psicopatía	42
La psicopatía y otros conceptos relacionados	43
Las mujeres psicópatas	47
La inteligencia de los psicópatas y su capacidad de leer la mente ajena	50
La capacidad de cambio del psicópata	52
Capítulo 2: Perfil psicológico del psicópata integrado	53
El psicópata es un superviviente.	53
El psicópata controlado y el impulsivo	56
Miedo y ansiedad como base de la empatía	61
La empatía de los psicópatas	63
El cirujano de la muerte	68
Las emociones de los psicópatas	73
La comunicación del psicópata	77
El comportamiento del psicópata	80
Capítulo 3: El psicópata en las relaciones afectivas y familiares.	85
Identificar al psicópata: una ventana a su mente . .	87

El comportamiento del psicópata y sus indicadores	92
El sistema de vigilancia frente al psicópata	97
La intuición	99
El autoconocimiento y el diálogo interior.	103
Observación descriptiva y el diálogo con personas de confianza.	107
El psicópata persevera en su naturaleza	110
Los hijos en riesgo de psicopatía	112
 Capítulo 4: El psicópata en la empresa y las organizaciones	121
El psicópata como líder destructivo.	122
Los psicópatas corporativos también pueden matar	126
Los psicópatas «visionarios»	129
Hannibal Lecter va al trabajo	136
La psicopatía como modelo social	138
La identificación del psicópata en la empresa	142
Prevención y control de la psicopatía en la empresa	151
Amor de padres.	157
 Capítulo 5: La patocracia: El psicópata en la política .	161
El gobierno de los psicópatas.	161
Por qué la política es tan atractiva para el psicópata	165
Democracia imperfecta.	169
Asesinato en Malta	171
Populismo, autoritarismo y psicopatía.	173
Maquiavelo	174
Dos psicópatas primarios: Donald Trump y Vladímir Putin	180
Identificando al líder político psicópata	189
Un ejercicio para los lectores: el tablero del psicópata	202

¿Por qué los políticos psicópatas tienen tantos seguidores?	205
Capítulo 6: La lucha contra el psicópata	211
Viktor Frankl y Josef Mengele	211
Los fundamentos de la superación del encuentro con la psicopatía: la logoterapia de Viktor Frankl	214
La voluntad de sentido nos impele a la acción	217
Actuar de modo trascendente	219
Autodistanciamiento	220
El relato del héroe	227
Cara a cara con el psicópata	233
Una sociedad debilitada: la cultura terapéutica . . .	238
La resiliencia	241
La prevención en los niños con predisposición a la psicopatía	249
<i>Epílogo:</i> El ojo del huracán	251
El psicópata y su relato	252
El psicópata en las relaciones	255
El psicópata en la empresa y las organizaciones . . .	257
La patocracia	259
El ojo del huracán	263
<i>Notas</i>	269

Capítulo 1

Se presenta el psicópata

¿Cómo puedo no conocer hoy tu rostro mañana, el que ya está o se fragua bajo la cara que enseñas o bajo la careta que llevas, y que me mostrarás tan solo cuando no lo espere?

JAVIER MARÍAS, *Tu rostro mañana*

EL SUBMARINO

Axel es delgado; mira nerviosamente, con ojos escrutadores. En torno a los treinta años, me cito con él en una cafetería en Valencia, junto a la plaza de la Virgen, llena de palomas, mucha gente transitando y algunos turistas que se hacen fotos. Es una tarde de abril, no hay mucha gente en el local y podemos hablar sin que nadie nos oiga, lo que es importante porque, según me ha comunicado en varios correos intercambiados en los últimos meses, está muy angustiado: puede que él sea un psicópata y —esto es con mucho lo peor— «quizás *quiera* matar a alguien».

Normalmente no me hubiera citado con él: una regla que tengo es declinar en principio todas las ofertas de gente de toda España que me solicita reunirse conmigo en persona o por internet, con objeto de contarme algo «muy importante». Procuro solucionar las consultas por correo

electrónico, y solo accedo excepcionalmente a encuentros virtuales o presenciales después de haberme asegurado de que el solicitante del contacto no alberga intenciones malévolas y que mi intervención puede marcar la diferencia. Pero este hombre, después de un toma y daca prolongado, se ganó mi atención, así que ahí estaba con él, dispuesto a escucharle.

«¿Conoce la historia del submarino, en Dinamarca?», fue lo primero que me preguntó, después de un apretón de manos y agradecerme que hubiese aceptado el encuentro. Al cabo de unos segundos le dije que sí, cómo no, uno de los crímenes más interesantes del presente siglo cometido en Europa. Kim Wall era una periodista sueca de treinta años que trabajaba por su cuenta y que tenía una amplia experiencia. Había escrito reportajes de investigación desde Uganda, Sri Lanka o Cuba para medios importantes, y en su formación figuraban títulos académicos de Londres y Nueva York. El 14 de agosto de 2017 concertó una cita con Peter Madsen, inventor de un submarino de tamaño reducido para uso privado. Madsen era bien conocido por la opinión pública danesa, ya que confluía en él una imagen poliédrica y un punto enigmática, resultado de sus apariciones en los medios como un genio extravagante, capaz de inventos improbables, al tiempo que tenía ese aire de inconformista que nos atrae por no seguir la vida preconfigurada por el sistema.

Supongo que a Kim, que se afanaba en buscar aquello que «estaba detrás de la noticia», según declaró luego su padre, le atrajo tanto la personalidad de Madsen como el invento del submarino. Así pues, cuando el danés la invitó a dar una vuelta en su Nautilus, ella ni se lo pensó. ¿Cómo sería tener un submarino propio, como el que dispone de un barco, y poder desplazarse debajo de la superficie del mar para viajar a los diferentes puertos de destino? Por desgracia, la aventura tuvo un final del todo inesperado. Kim no volvió a aparecer viva. Según contó Madsen a la policía,

al poco tiempo de zarpar del puerto de Copenhague, el submarino se hundió. Madsen fue rescatado a la mañana siguiente, pero no se encontró rastro alguno de Kim, hasta que un ciclista descubrió su torso mutilado en una playa el 21 de agosto. Después de una exhaustiva y épica búsqueda, la policía fue capaz de recuperar en el mar la cabeza, las piernas y la ropa de la periodista.

Madsen ofreció diversas y estrambóticas explicaciones para dar cuenta de lo sucedido en el submarino y de cómo acabó el cuerpo de Kim en esas trágicas circunstancias, pero el tribunal no le creyó. La condena tras el juicio fue de cadena perpetua, algo inusual en Dinamarca, bajo los cargos de agresión sexual, tortura y asesinato. La defensa de Madsen calificó el relato del fiscal como «una historia de miedo construida sin pruebas», solo suposiciones. Pero el estado del cadáver hablaba por sí solo: si Kim había muerto «por accidente», según declaró el acusado, ¿por qué trocearlo y pretender que nunca se recuperara? Madsen aún sobresaltó a la opinión pública en una siguiente ocasión, cuando, tras tomar como rehén a la psicóloga de la cárcel, logró alcanzar la puerta y huir campo a través. Por fortuna, solo estuvo libre unas horas.¹

«Sí, me acuerdo del caso del submarino», le dije a mi acompañante. «Pues bien —siguió—, yo vivo con una chica desde hace un año, y a veces... me he sorprendido a mí mismo pensando en..., ya sabe..., en matarla. No me puedo quitar de la cabeza que Madsen tuvo que pensar *mucho* sobre lo que hizo antes de hacerlo..., ¿comprende?» Siguió contándome que pensaba en eso en forma de *flashes* que le venían súbitamente, ocupando su mente, y que, cuando esto pasaba, se quedaba absorto. Le venían imágenes del cuerpo de su chica partido; otras veces, de este flotando en el mar. ¿Era él un psicópata? ¿Su pareja corría peligro? Lo tranquilicé diciendo que era muy improbable que fuera un psicópata homicida, porque si lo fuera no estaría angustiado por esas visiones ni, desde luego, me hubiera puesto

sobre aviso. Comprendí que su problema era otro; sin duda tenía una personalidad desajustada y probablemente un trastorno obsesivo, pero lo que procedía era asegurarse de que nadie resultara herido. Como no podía confiar en que él hiciera lo que yo quería que hiciera, estuve convenciéndole durante un buen rato para que me permitiera ayudarlo: le dije que no era un psicópata pero que aun así necesitaba ayuda profesional. Así que le pedí que llamara a su compañera para que tuviera una breve conversación conmigo, a lo que accedió; al fin y al cabo —dijo, de modo algo incongruente con la situación que le había llevado ante mí— ella también me conocía por mis apariciones en televisión, así que «le dará una grata sorpresa si la llama». Así lo hice, y pude aconsejarla sobre lo que tenía que hacer. Ella me aseguró que lo haría y que se pondría en contacto conmigo si lo veía necesario. Seguí conversando con Axel un rato más, y, antes de despedirnos, le recomendé calurosamente que siguiera los pasos que le había indicado en relación con su obsesión.

Hasta la fecha creo que nada irreversible ha sucedido: la pareja de Axel no se puso en contacto conmigo. Ignoro si continúan juntos, pero mi seguimiento de la sección de sucesos en los medios no me ha puesto sobre la pista de lo que podría haber sido un homicidio derivado de este caso.

En este capítulo me detengo a presentar la psicopatía y sus variedades en términos de su reconocimiento por parte de la sociedad. También me encargo de asociar la psicopatía con otros conceptos relacionados pero diferentes. A continuación, me ocupo de una serie de cuestiones que son motivo de confusión y debate entre los investigadores y el público interesado en este ámbito, lo que incluye, entre otros aspectos, la psicopatía en las mujeres.

Psicópatas criminales identificados

El caso de Peter Madsen es un ejemplo de un psicópata criminal que estalla de modo inopinado con un crimen de gran violencia. Estos individuos suelen tener un ambiente normalizado, más allá de los problemas o tensiones que pueda haber en sus hogares (y que comparten millones de personas). Un ejemplo más cercano fue el homicidio múltiple cometido por Patrick Nogueira en Pioz (Guadalajara), donde por mero despecho hacia sus tíos acabó con sus vidas, así como con las de sus dos primos. Otras veces el crimen es el medio o instrumento de un producto tardío de la ambición, como ocurre en los casos de los psicópatas que, hartos de estar escasos de dinero, deciden cometer un asesinato para lucrarse y poder seguir su tren de vida desenfadado. Fue el caso de Óscar, a quien entrevisté en prisión como consecuencia de un estudio que estaba realizando. Óscar había estado varios años en Sudamérica realizando «muchos negocios de aquí para allá», según me dijo. Tenía treinta y dos años, y hacía dos que había sido condenado por el homicidio de un (aparentemente) socio de una nueva aventura empresarial que había buscado tras regresar de su periplo americano. Todo parece indicar que dicha operación nunca llegó a existir, y que Óscar lo mató cuando este le exigió los 200.000 euros que le había prestado para financiar el supuesto negocio. Pasé un rato «divertido» con él; era dicharachero y ocurrente, y me contó muchas anécdotas de sus años americanos, en los que resultaba evidente que su única pretensión fue vivir sin trabajar, muchas veces de mujeres adineradas y otras de préstamos y pequeñas estafas que nunca le reportaron más consecuencias que quizás tener que huir apresuradamente de donde estaba residiendo. La relación con su familia era inexistente desde hacía muchos años. Él me dijo que el homicidio que le llevó tras las rejas fue justifi-

cado, porque, según me refirió con mucho énfasis y gesticulando: «Yo le dije que ahora no podía devolvérselo, que estaba invertido en espera de sacar una rentabilidad que nos diera una mejor *chance* de empezar nuestro negocio. Pero él se volvió como loco, cogió un cuchillo y me atacó. Solo me defendí». La policía encontró en su domicilio 30.000 euros; supuestamente era lo que le quedaba del dinero de su socio. Nunca explicó qué había pasado con esa supuesta inversión, ni cómo se había gastado el dinero restante.

La figura 1 muestra un gráfico donde vemos las variedades del psicópata. Estos dos ejemplos —el asesino múltiple de Pioz y Óscar— ilustrarían la categoría de los psicópatas que se revelan tardíamente mediante «crímenes explosivos o instrumentales tardíos».

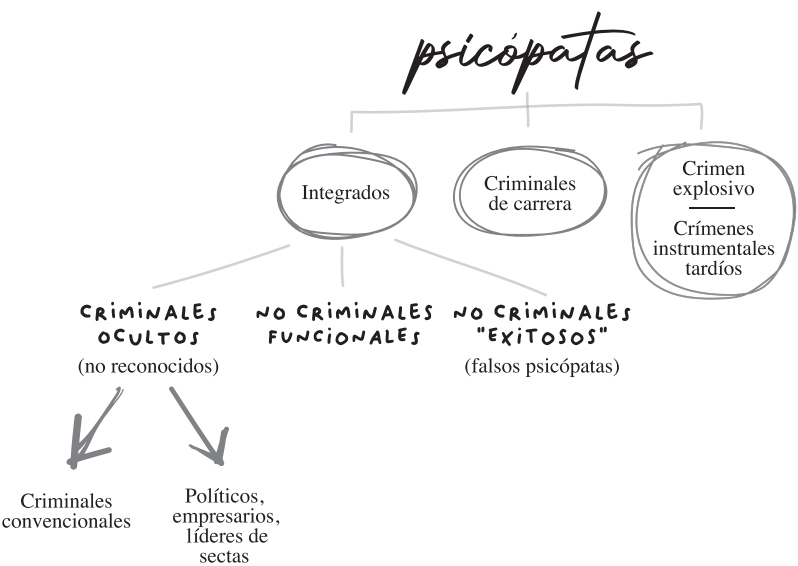


FIGURA 1. Clasificación de los psicópatas.

No obstante, el tipo criminal más habitual de los psicópatas que pisan la cárcel es el del delincuente crónico, que surge en un ambiente de marginación, que desafía las nor-

mas sociales desde la infancia o la adolescencia y que progresa hacia la edad adulta acumulando delitos y condenas. Antonio Anglés, el asesino principal de las jóvenes de Alcàsser (Valencia), a las que secuestró, torturó, violó y asesinó junto con Miguel Ricart, es el ejemplo paradigmático de la casilla correspondiente a «criminales de carrera». Los psicópatas son los más versátiles, violentos y reincidentes de entre los delincuentes habituales.² Su potencial de violencia puede ser muy grande si forman parte —como secuaces o como líderes, pero sobre todo en este último caso— de bandas de crimen organizado, lo que les daría acceso a poder infligir un gran daño a muchos individuos, ya sea por medio del tráfico de personas o de drogas, redes de explotación sexual y otras actividades criminales, por desgracia en auge gracias al mercado globalizado del que disfrutamos. Sin duda Pablo Escobar sería un buen representante del poder destructivo del líder psicópata de un cartel poderoso.

Psicópatas integrados

Ahora bien, si la prevalencia de la psicopatía se estima en torno al 1 por ciento de la población, es evidente que muchos no son delincuentes habituales, ni mucho menos asesinos o asesinos seriales, como podría entenderse de la imagen que se deriva de los medios de comunicación y los productos culturales (singularmente, literatura, series de televisión y películas).

En realidad, la mayoría de los psicópatas son del tipo integrado, lo que significa que, a pesar de que tienen una personalidad con los rasgos típicos de la psicopatía, *no ha existido* —por su círculo de relaciones o por el Estado a través de su identificación como delincuentes— *un proceso de identificación como tales*. A su vez, el subtipo integrado presenta diferentes posibilidades, que vamos a explorar a continuación.

Empezando por la casilla de su izquierda tenemos a los psicópatas integrados criminales que ocultan una violencia muy grave o insidiosa («criminales ocultos no reconocidos»). Su familia y amigos no saben que es un psicópata que, de forma oculta, comete crímenes graves. Sabemos por los medios y la cultura popular que los violadores y asesinos seriales en muchos casos tienen una vida normalizada, con familia, empleo y amigos, lo que explica la habitual sorpresa con que reaccionan los que les frecuentaron al saberse que tenían una «doble vida» en la que cometían actos abyectos e ilegales. También incluiríamos aquí a una parte de los que agreden recurrentemente a sus parejas o a sus hijos (puesto que no todos los agresores familiares son psicópatas), muchas veces mediante una agresión psicológica permanente más que con la violencia explícita. Un ejemplo paradigmático de esa «doble vida» de psicopatía integrada, donde el crimen se esconde tras una fachada virtuosa, es el que sigue a continuación.

No conocí personalmente ni tuve relación alguna con Martín Vigil, un sacerdote que alcanzó una gran fama como escritor y orientador espiritual de varias generaciones de la época franquista, pero su capacidad de abusar de numerosos jóvenes mientras llevaba a cabo de modo tan público y exitoso su apostolado mediante su presencia en los medios me hace sospechar que la psicopatía bien podría ser su diagnóstico. Aunque son varios los casos de abusos sexuales cometidos por sacerdotes que han tenido grandes repercusiones en diferentes países del mundo, la investigación llevada a cabo por el periodista Íñigo Domínguez supuso una gran conmoción para muchos de los españoles (y fieles de Sudamérica, adonde también llegaban sus libros) que tuvieron en Martín Vigil a un faro del cristianismo más moderno y social. Pero todo era fachada. El escritor Antonio Muñoz Molina dijo a este respecto:³

El depredador tiende con destreza su trampa y espera paciente a que caiga en ella la víctima. Su ventaja no es la fuerza

física, sino la astucia de elegir la presa más débil. En un piso del barrio de Salamanca que imaginamos antiguo y cavernoso, el maestro escribía cartas y tendía cebos, experto tejedor de su tela de araña, y aguardaba el sonido del timbre, la llegada del elegido —en algún caso también la elegida—, el designado de antemano, el más herido, el más necesitado de lo que el maestro le había prometido, el profeta impostor, el lobo bajo una piel de cordero.

Tal y como relató Íñigo Domínguez en uno de sus artículos,⁴ Sandra era una chica de quince años con problemas que había leído el libro más famoso de Martín Vigil, *La vida sale al encuentro*, publicado en 1955 y un superventas durante décadas, el cual le produjo un enorme impacto. Según le contó Sandra a Domínguez:

Mi familia era complicada. Me refugiaba en la lectura. El libro me tocó muchísimo. Me imaginaba qué me diría a mí el protagonista del libro, el padre Urcola, cómo me ayudaría con mis problemas. Y había algo llamativo en sus libros: al final aparecía su dirección y su teléfono. Vivía en Madrid, en la calle Velázquez. Así echaba la caña para pescar a sus víctimas. Así acabamos muchos menores en sus manos, sobre todo chicos, pero también alguna chica, como yo. [...] Él fijaba las citas, lo tenía organizado, yo era la chica de los jueves. Me decía que no lo comentara con nadie, porque los adultos no iban a entender lo nuestro, que era muy especial. Y era sacerdote, era famoso, muy culto, hablaba muy bien, te convencía de que era algo correcto.

Martín Vigil murió olvidado, junto con sus otrora tan populares libros, hace más de diez años en una residencia de ancianos, pero como apunta Muñoz Molina: «Todavía hay personas marcadas para siempre por ese delito sin excusa que es la vulneración y el abuso de los indefensos».

Sin embargo, aunque los delitos que podemos llamar «convencionales» de los psicópatas criminales (identifica-

dos) y de los psicópatas criminales ocultos (integrados) sean lamentables y una gran lacra para la sociedad, no podemos despreciar de ningún modo la violencia y destrucción que puede provenir de este otro grupo de psicópatas integrados, que conforman la casilla siguiente del gráfico: los que ejercen la política o lideran empresas y consorcios financieros, particularmente los primeros, así como los líderes de sectas destructivas. Estos psicópatas pueden estar ocultos de dos modos.

La primera forma de ocultamiento incluye a poderosos hombres de negocios o líderes de corporaciones, y se resume en que, porque son individuos que tienen un gran prestigio social y una gran capacidad para el fingimiento y la manipulación, nadie se imagina que, tras su facha de éxito, se esconde alguien cuya única pretensión es la de robar o estafar, principalmente. Fue el caso de Bernard Madoff, que tenía engañados a inversores de todo el mundo y a la Comisión de Valores de Nueva York mientras realizaba la mayor estafa piramidal de la historia de Estados Unidos (Madoff y otros serán analizados en el capítulo 4).

Como veremos en su momento, si bien los empresarios poderosos no tienen la capacidad de cometer los crímenes de los políticos psicópatas, su potencial de dañar a la sociedad es también enorme. Además del caso citado de Bernard Madoff, en años transcurridos en el presente siglo han salido a la luz otros casos de empresas que, como Enron, han provocado grandes males en la economía de muchos países (y con ello, mucho sufrimiento en los ciudadanos), debido a que contaban con psicópatas como responsables y directores ejecutivos de los consejos de administración. Y aunque la gravedad de sus acciones no influya sobre la economía mundial, con frecuencia el resultado de sus prácticas ilegales es la ruina de los accionistas e inversores en la firma, lo que puede alcanzar a miles de personas.

El segundo modo de ocultamiento incumbe a los políticos y a los líderes de sectas. Ambos tienen en común que

muestran su psicopatía y muchos de sus desmanes (e incluso crímenes) de modo público, o al menos no se esfuerzan demasiado en ocultarlos, pero *su audiencia* —la gente a la que supuestamente tratan de beneficiar— *no les considera ni psicópatas ni criminales*. En el caso de los políticos, piensa en Donald Trump o en Vladímir Putin (que se analizan en el capítulo 5). El primero es muy probable que vuelva a ser presidente de Estados Unidos en noviembre de 2024, lo que nos revela que para al menos la mitad de sus ciudadanos Trump es un tipo estupendo. Y en el caso de Putin, muchos rusos le apoyan sin fisuras. Los ejemplos de esto son abrumadores en la historia: para Alemania, la Unión Soviética y para China, Hitler, Stalin y Mao Zedong, respectivamente, fueron caudillos mesiánicos en su tiempo, mientras que en la actualidad hay un consenso unánime entre los historiadores acerca de que fueron despiadados psicópatas responsables de crímenes contra la humanidad.

Por desgracia, esos ejemplos han tenido continuidad hasta nuestros días y a estos líderes les han seguido muchos otros, como Sadam Huseín, Gadafi, Idi Amin, Pol Pot, Milošević o Rafael Trujillo. Si el líder de un país es un psicópata, su capacidad de destrucción no tiene igual, particularmente si están al frente de un régimen autocrático o dictatorial, ya sea heredado o impuesto por este.

Por lo que respecta a los líderes de sectas, un ejemplo muy notable fue el del reverendo Jones, responsable último de la masacre de sus fieles en Jonestown en 1978, en La Guayana. La historia, por desgracia, nos ha deparado otros muchos ejemplos, como el protagonizado por el autoproclamado «cordero del apocalipsis» David Koresh, quien en 1993 consiguió exterminar a sus propios fieles de la secta de los davidianos (con la ayuda inestimable de las autoridades federales de Estados Unidos, que no supieron manejar adecuadamente la crisis),⁵ o más modernamente la secta conocida como NXIVM (léase «Nexium») que tenía como integrante destacada a la popular actriz por su papel en la serie *Small-*

ville, Allison Mack, encargada de reclutar esclavas sexuales para su jefe, Keith Raniere.⁶ En las sectas, la gente seducida por el psicópata es mucho menor que en la política, pero al igual que ocurre con los ciudadanos que apoyan a un presidente psicópata, sus integrantes consideran al líder como alguien excepcional, y solo cuando escapan y se liberan de las creencias irracionales que albergaban son capaces de ver la realidad, dando lugar muchas veces (pero no siempre) al apresamiento del líder y su posterior condena penal e identificación como psicópata.

Dos tipos de psicópatas integrados no delincuentes

Finalmente, siguiendo la fila de los psicópatas integrados, vemos que hay dos tipos de psicópatas no criminales o delincuentes. El primero agrupa a los psicópatas «funcionales», sujetos que tienen los rasgos de la psicopatía pero que no ostentan poder en la sociedad ni han cometido delitos. Esto no implica que sean inofensivos: dada la naturaleza de la personalidad psicopática, su falta de conexión emocional y ausencia de sentimientos de culpa asociados a los principios morales hacen de ellos una fuente de infelicidad y de miseria existencial para los que forman su círculo de relaciones familiares y conocidos (no escribo «amigos» porque rara vez llegan a tenerlos o los pierden cuando estos se hartan de soportarlos). Son personas que no aportan nada a la calidad de vida de los que los tratan: maridos que mienten de forma reiterada, que se sirven de los otros para su propio beneficio, que manipulan para obtener ventajas en el trabajo, que ven a los hijos como un medio de aparentar ser buenas personas y padres pero que en verdad no les importan, que usan la amenaza o tácticas de descrédito para controlar su ambiente más cercano, ya sea en el hogar o en el empleo. También es habitual que en su juventud hayan cometido actos denigratorios contra otras personas más débiles, como

bullying en la escuela, o haber abusado de indigentes o de gente «diferente».

El último grupo incluye a los psicópatas «exitosos», cuya realidad está por ver, por más que hay una parte de la investigación actual que asegura que es posible que un psicópata tenga éxito en la escala social y *al mismo tiempo* no cause un mal a la sociedad. Es lo que se conoce en el debate académico como sujetos poseedores de «rasgos adaptativos» de la psicopatía. En mi criterio, un psicópata puede triunfar en la sociedad, no me cabe duda —y muchos de los ejemplos que he mencionado son de personas que habían triunfado de modo clamoroso—, pero eso no excluye que su legado sea muy dañino para el conjunto de ciudadanos. En otras palabras, el adjetivo «exitoso» aplicado a gente como Madoff o Trump es inadecuado, porque a pesar de su éxito social *son seres fracasados para el bien común*. (El ejemplo de Ray Dalio que sigue en breve es un ejemplo de psicópata de «éxito» que resulta ser un fracaso para la sociedad.)

Soy de los que creen que este psicópata de éxito no existe, que en el caso de que tenga éxito de verdad (y por ello hemos de entender que contribuye al bien de la comunidad aunque persiga disponer de estatus y bienes) se trata de un *falso psicópata*, y que confundimos la presencia de determinados rasgos de la psicopatía —que, de forma generalmente reducida, presentan muchas personas en el mundo— con la existencia del *síndrome de la psicopatía*, puesto que para tener ese diagnóstico se hace necesario que el individuo tenga casi todos los síntomas que lo configuran de modo permanente y en alto grado.

Ray Dalio

Cualquiera que conozca a Ray Dalio solo por sus resultados económicos podría calificarlo de «exitoso». Dalio es el titán detrás del fondo de inversiones más grande del mundo, pro-

piedad de Bridgewater Asociados. El periodista de investigación Rob Copeland ha descrito su vida en una obra reciente, y resulta demoledora, relatando el ascenso al poder que otorga el dinero de un hombre mediocre que en su camino humilló y pisoteó a cuantos tuvieron la desgracia de trabajar para él.⁷

Dalio empezó siendo el cadi de un exclusivo club de golf, y gracias a su aparente inteligencia y buen carácter logró, a través de los contactos, estar bajo la protección de una familia poderosa. Después de pasar por la escuela de negocios, Dalio se hizo popular por predecir repetidamente inminentes colapsos económicos y por ofrecer un fondo (Bridgewater) que dejaría a buen recaudo las inversiones. Una previsión tan recurrente de futuras catástrofes necesariamente tenía que cosechar algunos aciertos, así que con la ayuda de unas buenas inversiones realizadas en los años noventa y en la década de los dos mil consiguió posicionar bien a su fondo, y, cuando vino el derrumbe de 2008, este se quedó como el más importante del mundo.

Ahora bien, lo que realmente resulta revelador de Dalio es lo que Copeland relata acerca de cómo dirigía su negocio y las prácticas que introdujo. Entre ellas estaban las dos siguientes: grabar las interacciones de los empleados y posteriormente someterlas a feroces revisiones en sesiones para todos donde no se escatimaba la crítica mordaz y devastadora, en aras de conseguir una «transparencia radical»; y proveer a cada empleado de una tarjeta o cromo semejante a los de béisbol, donde figuraban una serie de habilidades profesionales que eran puntuadas por sus propios colegas, y entre las cuales se encontraban las de acosar e informar a la dirección de los «errores» de los compañeros, conductas que eran premiadas por la dirección.

Sería apropiado decir que el clima laboral era paranoico e implacable con los más débiles de espíritu. Dalio dejaba ocasionalmente informes privados «olvidados» en algún lugar, y vigilaba cuáles de sus empleados se paraban a mirarlos

para reprenderles severamente. En una ocasión, al encontrar unas gotas cerca de su urinario privado, encargó al jefe de seguridad que hiciera una investigación exhaustiva para hallar al responsable de ese ultraje. En otra ocasión despidió al personal encargado del aparcamiento de la empresa por diseñar tarjetas para su acceso que, a su juicio, eran demasiado grandes. Pero lo más grave era la humillación ritual que se producía en las sesiones públicas donde se enjuiciaban a los empleados que habían cometido alguna falta «grave», como haber dicho alguna mentira acerca de su vida personal o no haber podido completar una tarea que desde el principio se antojaba imposible. En las faltas consideradas «más graves» el escenario adoptaba el tono de un juicio criminal, donde era frecuente que el sometido acabara lloriqueando. Las sesiones se grababan y se revisaban posteriormente para que sirvieran de escarmiento.

Bien, es posible que Dalio haya hecho ganar dinero a sus inversores, y, de hecho, él mismo es un hombre de gran éxito desde el punto de vista de que es muy rico. Pero ¿estamos dispuestos a considerarlo un personaje digno de ser imitado? ¿Podemos decir de verdad que este hombre no es dañino para la sociedad? En mi criterio una persona que actúa de este modo no puede ser considerado un psicópata que contribuye al bien común; el éxito es el poder que consigue y el dinero que proporciona a sus inversores, pero el fracaso humano es más notable y profundo al humillar sistemáticamente a sus trabajadores.

Llegados a este punto se hace necesario entender mejor qué es la psicopatía, así como lo que no es, y para ello me detengo en analizar los rasgos que la definen y otras cuestiones que a menudo son objeto de discusión o incluso dan lugar a creencias falsas. No obstante, en el capítulo siguiente se profundiza más acerca del modo de pensar, sentir y actuar del psicópata, en un encuentro más «cercano».